

Como un rumor infinito
Tus victorias se extendieron,
Y un eco triunfal volvieron
Nuestros montes de granito.

En nuestro golfo volcaron
Con estruendos inmortales
Aquellos mismos cristales
Que tu cuna columpiaron.

Y en tu carrera triunfal
Viste, en torno de tu fama,
El esplendor que derrama
Una cabeza inmortal.

.... Águila del pensamiento!
Si mi arpa calla, la abona
Sentir que es una corona
La admiración que yo siento.

POETAS VIVOS.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

I

LAS ABEJAS.

Ya que del carmen en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la lúgubre tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.
Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aun alumbra risueña la esperanza;
Tú, cuya confianza,
Inocentes placeres y alegrías
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!
Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga

Con sus preciosos dones la fortuna,
 Tú á quien el mundo seductor embriaga
 Sus flores ofreciendo una por una;
 Tú á quien la juventud, hermosa maga,
 Dulcemente convida
 A disfrutar la dicha tentadora
 Que en sus ardientes frutos atesora
 El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
 Del débil viejo la mejilla abraza
 Y que la espina del tenaz quebranto
 Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente
 Sientes bullir aún; la vida es bella,
 Y en sus campos el sol resplandeciente
 A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges, dí, ¿por qué inclinabas
 Callando tristemente
 La dolorida frente?
 ¿A la pérfida acaso recordabas?
 Inexperto doncel ¿de qué te quejas?
 ¿Por qué llorando de la vil te alejas?
 ¿Qué ventura has perdido?
 ¿Qué tesoro escondido
 En ese corazón perjuro dejas?
 ¿Por qué cuando en un día
 Primera vez miraste
 De esa traidora la belleza impía,
 El terrible fulgor no vislumbraste
 De la maldad que en su mirada ardía?
 Ni amor, ni virtud santa
 Abriga esa mujer; vicio temprano,

Como á las gentes que en la corte habitan,
 Ya corrompió su corazón liviano.
 Si amor á buscar fuiste
 Entre el pérfido mundo cortesano,
 Por eso ahora ¡ay triste!
 Lloras el tiempo que perdiste en vano.
 ¡Amor allí no existe!
 Allí cual frescas, perfumadas rosas,
 Al corazón se ofrecen las hermosas.
 ¡Ay de quien su perfume
 Aspira incauto, y de confianza lleno!
 Pronto en la duda y tedio se consume
 Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí..... La dulce niña
 Cuando asoma el pudor por vez primera
 En su frente de ángel, y su pecho
 Sincero amando, palpitar debiera,
 De infame corrupción con el ejemplo
 No al sentimiento puro lo consagra,
 Porque del oro lo convierte en templo.
 ¿Qué dicha, qué placeres,
 Esperas tú encontrar de esas mujeres
 En el vendido seno
 A los ardores del cariño ajeno,
 Cuando su impura llama,
 Si nace, solamente
 Al soplo vil del interés se inflama?
 Huye la corte, amigo, y la ventura
 Ven á buscar aquí, do la inocencia
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
 Libando su dulzura,
 Cambiará tu existencia;
 Del tedio sanarás que te aniquila,

Y la virtud amando, suavemente
 Tu vida pasará cual la corriente
 De ese arroyo, tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
 De este carmen umbroso y escondido,
 Afanosas buscando las abejas
 El néctar delicioso, apetecido?
 Mira cuál van dejando desdeñosas
 De su brillo á pesar y su hermosura
 Las flores venenosas.
 Ellas buscan quizá las más humildes,
 Las que ocultas tal vez en la espesura
 De las agrestes breñas,
 Apenas se distinguen, ó en la obscura
 Grieta se esconden de las rudas peñas.
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas
 Aquellas que parecen
 Con mayor altivez y más colores,
 Sean también las que ofrecen
 Los nectarios mejores.
 Tú imita ese modelo,
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado
 Por el pródigo cielo
 De un instinto sagaz y delicado;
 Y en el jardín del mundo,
 Si el néctar de la dicha libar quieres
 Para endulzar las penas de la vida,
 Deja la flor pomposa, envanecida,
 Que á la virtud en su soberbia insulta;
 Busca á la que se oculta
 Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
 Tu corazón sedujo; tú la amaste,

Y alimentando tu pasión insana,
 Tu puro corazón envenenaste.
 Olvídala, y que presto,
 Ya despertando de tu error funesto,
 Puedas hallar la miel de los amores
 De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
 Nuestras montañas y risueños prados,
 La que garbosa con diadema negra
 De cabellos rizados
 Su tersa frente candorosa ciñe,
 Que el alba pura con sus lampos tiñe;
 La de los grandes y rasgados ojos,
 La de los frescos labios purpurinos,
 Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;
 La de turgentes hombros y divinos
 Que la Venus de Gnido envidiaría,
 Mírala; ¿no enloquece tu alma joven,
 Como hace tiempo enloqueció la mía?
 ¿La faz de tu perjura es comparable,
 Y su pálida tez marchita y fría
 Do la salud y la color simula
 Comprado afeite, con la faz rosada
 De esta virgen del bosque,
 Do la sangre purísima circula
 Con el calor y el aire de los campos,
 Y con la grata esencia
 Que en su redor esparce la inocencia?
 Dime ¿á apagar su fuego esa mirada
 Con el ansioso labio no provoca?
 ¿Quién al verla riendo, no querría
 Libar la miel de su encendida boca?
 ¿Quién no deseara con delirio ciego
 Estrecharla en sus brazos un instante?

¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su blanco seno palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fe constante y pura?

Estas humildes flores busca ansioso,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

II

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL COLEGIO DESFONTAINES.

Apartad de la guerra fratricida
Vuestros cansados ojos..... ved ahora
Esta esperanza dulce y seductora
De la Patria infeliz, Patria querida.
En medio de la negra desventura,
Cuando demandas moribunda al cielo,
Pase de tí ese cáliz de amargura,
Te escucha Dios, y un ángel de consuelo
Te muestra esa niñez hermosa y pura.

Esa niñez que hoy tímida, inocente,
Ya recoge afanosa en los umbrales
Del templo del saber, para su frente
Guirnaldas mil y mil primaverales,
Y augura ya desde su edad temprana
Que irá atrevida á conquistar mañana
De la ciencia los lauros inmortales.

Hoy que la vida duelos nos ofrece,
Hoy que la mente sin consuelo vaga
Y abandonarnos el Señor parece,
Esta luz adorable no se apaga,
Esta dulce esperanza nos halaga,
Este ensueño de paz nos adormece.

Se columbra, cada año que se avanza
En la noche del tiempo, nueva aurora,
Encierra el porvenir nueva esperanza,
Nos alumbrada una luz más brilladora;
La tierna juventud menos alcanza
De esta fiebre cruel que nos devora,
De este furor de un tiempo de matanza
En que, en lucha postrer el fanatismo,
A la ignorancia exalta fratricida
O en máscara falaz al ateísmo.

Viéndolo estáis..... la humanidad camina
Y ¡cuán grandiosa y fuerte se presenta
Con el sol alumbrada de la imprenta
Y armada con el rayo! La divina
Libertad de este siglo todo inventa,
Todo lo inútil del pasado arruina.

De la vil ignorancia las postizas
Galas rodaron en menudas trizas;
De odiosos privilegios los vestiglos
Cayendo van, y tórnalos cenizas
El poderoso aliento de los siglos.

¡Oh! sí, pura niñez, tuyo es el día
De luz y paz, de verdadera gloria;
Tú no tendrás de esta época sombría
Sino la amarga y fúnebre memoria.

Dios que contempla nuestro mal, te ayuda;
 Él prepara la dicha á tu inocencia;
 Espera, espera; á una época de duda
 Va á suceder un tiempo de creencia;
 La igualdad de la ley á la insolencia
 De los hombres soberbios y mezquinos,
 Y va á regir entonces tus destinos,
 En lugar del cañón, la sacra ciencia.

Vas á ser más feliz, niñez querida,
 Que los jóvenes ¡ay! tan desdichados
 Que alcanzamos un tiempo de tristeza,
 Que al contemplar nuestra ilusión perdida
 Nos sentimos de duelo quebrantados,
 Inclínamos temprano la cabeza
 Y cruzamos la senda de la vida,
 Escépticos tal vez, indiferentes,
 Con el alma cansada y dolorida
 Y una arruga precoz en nuestras frentes.

Tú no serás así, tu edad de flores,
 De sueños y esperanzas lisonjeras
 Muy pronto va á pasar, pero tú esperas.....
 ¿Qué te importan del mundo los furoros?
 Aquel que siente de virtud la calma,
 Aquel que sigue el bien y en Dios confía,
 El huracán del mundo desafia
 Y afronta el porvenir, serena el alma.

Vas á ser más feliz..... pero no olvides,
 De loca juventud en la inconstancia,
 Estas horas serenas de la infancia
 Si para siempre de ella te despides.

Conserva su memoria dulce y blanda
 Que te hará mucho bien en este suelo

En tus momentos de amargura infanda
 Y en tus horas de duda y desconsuelo.

Que cuando brota del pesar el lloro
 Y el alma gime de dolor herida,
 Alivia el recordar los sueños de oro
 De las risueñas albas de la vida.

¡Cuántas veces recuerdo mi montaña,
 Sus altas arboledas cimbradoras,
 El ancho río que sus rocas baña,
 Y aquel humilde albergue, la cabaña,
 Donde pasé de mi niñez las horas!

¡Cuántas también de mi cristiana madre
 El puro y tierno y celestial cariño,
 De esa pobre mujer que fué mi encanto,
 Que dirigió mi corazón de niño,
 Que me enseñaba al borde de las fuentes
 Debajo de las ceibas seculares,
 O al rumor de los blandos platanares,
 Oraciones sencillas y fervientes
 Que repetí con labios balbucientes,
 De la agreste capilla en los altares,
 Cuando el incienso con los frescos ramos
 De mirtos y caléndulas silvestres
 Iba á ofrecer como homenaje tierno
 A la virgen del campo, protectora
 De la pobreza de mi hogar paterno!

Pero basta, niñez..... iba á decirte
 Que soy feliz al ver sobre tus sienes
 La corona más bella de la infancia
 Que como premio de tu afán obtienes.

Hoy del triunfo te halaga el dulce arrullo,
Y para ser tus dichas más cabales,
Ve á presentar tu frente con orgullo
A los ardientes besos maternos.

Lleva la dicha en tu cariño santo
A tu modesto hogar y aún espera,
Si conservas constante tu ardimiento,
Más guirnaldas coger en tu carrera.

Aguarda, aguarda, llegará tu día,
Tal vez muy pronto con placer lo veas;
Espera en Dios que tu camino guía,
Y hasta llegar allá..... ¡bendita seas,
Dulce esperanza de la Patria mía!

JOSE M. BUSTILLOS.

EL AGUILA Y LAS BOCAS.

(Fragmento.)

I

¡Dejadla! que tienda el vuelo,
Que altiva las nubes rasgue,
Y que en la luz de la aurora
Sus fuertes alas empape!
Tiene derecho: es la reina
Magnífica de los aires;
Es el águila! ¡Qué hermosa!
Corvo el pico; flaméante
La amarillenta pupila;
La pluma morena y suave;
Ancha la frente, la garra
Siempre dispuesta al combate,
Y el ademán victorioso
A la vez dulce y salvaje!
Y en el espacio la aurora
Su rojo cofre entreabre,
Y da al cielo flecos de oro,
Y da á la tierra diamantes.
A lo lejos, pensativos,
Se yerguen los dos volcanes;
México eleva sus torres
Que fresco acaricia el aire;
El aroma de los campos

Corre despertando el valle,
Y el Otoño sonriente
Sacude alegre los árboles
Para que inunden las huertas,
Ya picados por las aves,
Duraznos de terciopelo,
Madroños color de sangre.

El sol asciende; y el lago
De Texcoco iluminándose,
Sus rocas al sol enseña,
Sus rocas, donde el ramaje
Ofrece sombra y reposo
A las palomas del valle. . . .

Labriegos que vuestro arado
Gastáis en la triste margen,
¿Por qué miráis esas rocas
Con terror?—¡Dios nos ampare!
Porque en las noches de luna,
Cuando el sueño al mundo invade,
Se besan allí dos muertos;
¡Dos muertos que son amantes!—

II

¿Será verdad lo que cuentan?
¿Quién fué testigo?... ¡Dios sabe!
Pero dicen que al reflejo
De una alborada radiante,
A mediados de Septiembre
Del año de Diez, de sangre
Se tiñó un momento el lago,
Y un momento tembló el valle.
Y dicen que por el cielo
Vino un águila salvaje;
Que en las rocas de Texcoco

Detuvo el vuelo un instante;
Que en ellas dejó una rama
De laurel, y que en los árboles
De la ribera sonaron
Desconocidos cantares. . . .

¡Pueblo! entonces ¿qué sentiste?
¿Qué cantaste en tus romances?
La libertad te dió un beso,
Y tú también la besaste!

El terror huyó vencido:
Los cercanos habitantes
No hablaron de almas en pena,
Sino de honor y combate;
Y ya no volvieron nunca
En la alta noche, á besarse
Sobre las rocas del lago,
Las almas de los amantes.
¡Oh libertad! Bendecidla,
Campos, montes, flores, aves!!